

CAPITULO II.

CÓMO EL ALMIRANTE PROSIGUE EL DESCUBRIMIENTO
DE LA ISLA ESPAÑOLA.

Mandó el Almirante poner una gran cruz en la entrada del puerto, á la parte del Oeste; y en tanto que la gente estaba pescando en la playa, se entraron tres cristianos por el monte. Mirando los árboles, vieron mucha gente desnuda, que echó á huir con mucha ligereza por los bosques, espantada, luego que se acercaron los nuestros. Corrieron los marineros tras ellos, metiéndose en las espesuras, y solo pudieron coger una mujer, que llevaba colgando de la nariz una planchita de oro, y la llevaron á Colon, que la regaló muchos cascabeles y sartas de vidrio. Mandóla vestir una camisa y otros dijes mujerriles, y despues de haberla acariciado, regalán-

dole muchas cositas, y sin hacerla daño alguno, la envió al punto á su habitacion, acompañada de tres castéllanos y tres indios lucayos que entendian su lengua. El dia siguiente envió nueve hombres á tierra, bien armados, con un isleño de San Salvador, que servia de intérprete, á la habitacion de la mujer que estaba cuatro leguas al Sudeste, y dieron con un pueblo de mil casas esparcidas por el valle, cuyos indios, así como vieron á los nuestros, abandonaron la poblacion y se fueron á los bosques; pero el indio guía, de San Salvador, fué tras ellos, y tantos bienes les dijo de los castéllanos, que volvieron. Despues, llenos de espanto y temblando, ponian la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honra y cortesía, y traían bastimentos. Los castéllanos les regalaron muchas cosas, y en retorno los indios les rogaron se quedasen aquella noche en su pueblo. Al otro dia volvieron los castéllanos al puerto, y con ellos acudió mucha gente de la isla, que desde la vispera llevaban en hombros la mujer á quien el Almirante habia regalado la camisa y vestido, con su marido que iba á darle las gracias. Volvieron los castéllanos con la nueva de que la tierra era muy amena y más bella de cuantas hasta entónces habian visto en las otras islas, abundante de comida, y que los naturales de ella eran mucho más blancos que los demás indios, y

muy tratables: no eran de estatura tan grande aquellos isleños, sino membrudos, sin barbas, con las ventanas de las narices muy abiertas, y las frentes llanas y anchas, que los afeaba mucho, y todos le confirmaron á Colon lo que le habian dicho ya de las minas de Cibao, donde se cogia el oro; pero que estaban más á Levante. Entendido de todo el Almirante, aunque los tiempos eran muy contrarios, y deseoso de no perder tiempo, luego que se sosegó algo el temporal, se hizo á la vela dando vuelta por una canal que está entre la Española y la Tortuga, vió otro puerto que quiso examinar, entró en él y le pareció tan hermoso, que le dió el nombre de Valparaiso, que hoy se llama *Puerto de Paz*. Allí le vino á hacer la visita el cacique de la tierra, acompañado de una comitiva competente, y llevado sobre los hombros de sus vasallos. Poco despues se vió llegar una gran canoa de la isla de la Tortuga con cuarenta hombres. El cacique de aquel puerto de la Española, les mandó con amenaza de retirarse, y al punto obedecieron, no queriendo desde luego partir con ellos las liberalidades de los europeos: en efecto, le regalaron bien, y se volvió á su casa muy satisfecho de los castellanos, que consideraba por su benevolencia y liberalidad, verdaderamente como hombres bajados del cielo. De Valparaiso los dos navios de Colon con-

tinuaron su viaje y fueron á surgir en un puerto que se llama Santo Tomás, y es el mismo que los franceses han llamado despues la *Baye du can de Louise*, y que hoy es más conocido por el nombre de *Acúl*. A su llegada concurrió un gran número de indios de toda edad y sexo; y como el Almirante habia dado tan buenas ordenes á su tripulacion, aquellos indios fueron bien tratados, y tan satisfechos se retiraron del buen modo de los nuestros, que como algunos castellanos fueron á ver algunos puebls de la isla, fueron recibidos de los habitantes y avisados de todo con demostraciones de júbilo. No podian persuadirse estos isleños que los españoles fuesen hombres ordinarios ó como los demás: se acercaban á ellas con el mayor respeto, besando el suelo por donde pasaban, y les ofrecian todos sus bienes con la mayor sinceridad.

Guacanacario, Rey de Marien, tenia su habitacion quatro leguas más al Leste en el puerto del Cabo Frances, y estaba situada su casa enfrente de donde está en el dia la ciudad del Cabo. Enamorado este Príncipe de lo que habia oido decir de los forasteros recién saltados en su isla, envió á saludar al Almirante, y pedirle que lo fuese á ver á su habitacion, acompañando sus ruegos de varios regalos de mucha entidad. De allí á poco fué avisado que el Rey venia, llevando consigo

más de doscientos hombres; y aunque muy mozo, lo llevaban en andas sobre los hombros, y luego que llegó á las naves, se reparó la gran veneración con que le trataban los suyos: cuando entró debajo del castillo, hizo señas que todos se quedasen fuera: así lo hicieron con mucho respeto, sentándose sobre la cubierta, excepto dos viejos, quienes desde luego eran sus consejeros, los que se sentaron á sus piés: mandó el Almirante que le sirviesen de comer: no hizo más en comer y beber que probar un poco de todo, enviando á los suyos lo demás. Estaban todos con notable gravedad; hablaban poco: los dos viejos miraban al cacique á la boca, y hablaban con él y por él. Despues de la comida, un indio principal le trajo al Almirante una cinta semejante en hechura á las de Castilla, aunque de labor diferente, con mucha reverencia, la cual tomó en la mano el cacique, y se la regaló con dos piezas de oro labrado. Creyendo el Almirante que les agradaria una colcha que estaba sobre su cama, se la dió juntamente con una hermosa corona de ámbar que traia al cuello, un par de zapatos encarnados y un vaso de agua de azahar, con lo cual quedó muy contento, y segun se le entendió, le dijo que tenia toda la isla á su disposicion. Siendo ya tarde y queriendo irse el cacique, le honró mucho el Almirante, y vuelto á entrar en su barca, breve

se puso en tierra, y se fué en sus andas con más de doscientos hombres á su casa.

Deseando el Almirante descubrir la tierra, se hizo á la vela, y no pudo salir de aquel pequeño golfo por la mucha calma, si no es un poco de viento que le llevó al mar de Santo Tomás hasta la Punta Santa, y se fué á descansar, porque no habia dormido en dos dias y una noche: despues de haber encomendado al piloto no desamparase el timon, hubiese viento ó no, con cuya disposicion iba seguro de bajios y de escollos; pero fué mal obedecido, y queriendo descansar tambien el piloto, fió el timon á un grumete, muchacho y sin experiencia: como el mar estaba en calma muerta y tan quieto como una taza de leche, la nave, con la fuerza de las corrientes, fué á dar en un banco de arena, donde varó, y al ruido, que fué muy grande, gritó el timonel muy recio, y oyéndolo el Almirante despertó y se levantó al punto, bien admirado de hallar á toda su gente dormida, sin que ninguno hubiese sentido que la nave hubiese encallado. Mandó luego al instante descargar el navío y pasar la carga en el bote, y la mayor parte de los marineros se fueron al bote, y léjos de hacer lo que se les mandaba, bogaron, huyendo, y dejaron bien embarazado el Almirante, quien viendo que la nave estaba en peligro, mandó cortar luego el mastelero mayor; mas no pudo

con esa diligencia ver si podia sacarla de la arena; y como entraba mucha agua por la quilla que se habia abierto, reconociendo que no habia remedio para poderla libertar, trató de salvarse en el Sereny. El banco donde varó el navío estaba á la entrada de un puerto que está en la mitad del camino desde Santo Tomás ó el *Acúl* al cabo frances. Los españoles le pusieron despues el nombre de Puerto Real, y los franceses en el dia le dan el nombre de Baya del Caracol.

Estaba cuando varó la nave del Almirante cerca de una legua de allí la carabela de Vicente Pinzon, quien luego que tuvo aviso de aquella desgracia viró de bordo, hizo fuerza de vela, y llegó tan á buen tiempo que pudo salvar la gente, que á no estar la mar en calma, hubiera perecido casi toda. Contemporizó el Almirante con la carabela y envió á avisar al Rey Guacanacario lo que le sucedia por querer irle á visitar á su puerto y que habia perdido el navío en un bajío, á legua y media de su pueblo. Enterado este Principe del suceso, manifestó gran sentimiento y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navío toda la gente de su pueblo en muchas y grandes canoas, con lo cual ellos y los nuestros, en poco tiempo descargaron toda la cubierta, y fué grande la ayuda que dió el Rey. De cuando en cuando enviaba á sus parientes llorando á rogarle que no

tomase pesadumbre, que él le daria cuanto tenia. Hizo poner toda la carga junta, cerca de su palacio, hasta que se desocuparon las casas que queria prevenir para salvarla: puso tambien guardias para que no se tocase á nada, y se perdió únicamente lo que la mar habia enteramente averiado. Miércoles diez y seis de Diciembre fué el Rey Guacanacario á la carabela del Almirante, mostrando gran tristeza y sentimiento, y le consolaba ofreciéndole todo lo que quisiese recibir; y le presentó un poco de oro, y viendo que lo estimaba el Almirante, le dijo que le haria traer de Cibao cuanto quisiere. Sus vasallos, movidos del ejemplo de su soberano, mostraron muy buena voluntad á los cristianos, y trocaron todo el oro que traian, por birretes colorados, campanitas, alfileres, sartas de vidrio y otras cosas semejantes. Nunca mejor se conoció el precio arbitrario de las cosas, y cuánto alcanza el imperio de la opinion sobre los hombres, que en esta ocasion daban los castellanos por el oro lo que en la Europa el más pobre no hubiera levantado del suelo, como, por ejemplo, tepalcates ó trozos de vidrio y de loza quebrados, que estimaban en tanto grado aquellos isleños, que luego que los recibian, se huian, temiendo que los españoles no se llamasen á engaño.

En fin, no se puede explicar cuán contentos quedaron unos de otros, y entónces formó Colon

el intento de formar allí un establecimiento en los Estados de aquel Rey. Algunos historiadores dicen (*), que se habia concertado con su piloto para hacer naufragar su nave, á fin de tener ese pretexto, para dejar en aquella isla una porcion de su gente; pero se hace increíble este hecho, únicamente fundado en conjeturas. Retiróse el Rey Guacanacarico, y por las nuevas instancias que le habia hecho al Almirante de visitarle, se determinó de allí á poco á hacerle la visita en su casa, que le habian preparado con la mayor decencia. Llegado á tierra el Almirante, fué á su encuentro aquel Rey, y le convidó á comer ají y cazabe, que era su principal comida, y le dió algunas máscaras con ojos, nariz y orejas de oro, y le echó una cadena de oro al cuello. Despues se quejó de los caribes que hacian á los suyos esclavos, y se los llevaban para comérselos, diciendo que esta fué la causa que él y los suyos huyeron al principio, pensando que los castellanos eran caribes, pero se animó mucho cuando, consolándole el Almirante, le mostró nuestras armas, ofreciendo de defenderle con ellas; y para inspirarle temor y respeto, hizo disparar unos cuantos cañonazos; y era tanto el asombro de los indios, que al oírlos caían en tierra como muertos. No se asustó menos

(*) Entre otros, Oviedo, que cita Vertot.

Guacanacarico; mas Colon le alentó con asegurarle que con esas armas se haria victorioso de sus enemigos; y para convencerle, hizo disparar un tiro, que pasó una nave de parte á parte, de que se asombró tanto el Rey del Marien, que se volvió á su casa pensativo, creyendo que aquellos forasteros eran hijos del trueno.

Estando ya para partir el Almirante, volvió aquel Rey á hacerle la visita, y Colon se aprovechó de aquella ocasion para proponerle su intento. Le dijo, pues, que pensaba dejar en sus Estados, bajo su proteccion á algunos de los cristianos de su equipaje, en tanto que iba á Castilla á traer joyas y otras cosas que darle. Hízole enseñar nuestras espadas cómo cortaban, y se defendian de ellas, asegurándole, que quedando aquellas armas en su defensa, cesaria el temor de los caribes. A esto el cacique, que no cabia de gusto, se quitó la corona de oro que traía en la cabeza y se la puso sobre la del Almirante, que correspondió con agasajos estimados del cacique. Habiendo el Almirante hallado tanta voluntad en aquellos indios, y tan buenos modos en su Rey, se persuadió que podia contar sobre la conducta de aquel Rey bárbaro: pareciéndole igualmente que la tierra era fértil y tenia tantas muestras de oro, juzgó que la pérdida de su nave habia sido por permission divina, para que se poblase aquella

tierra de cristianos y se comenzase por aquella isla la predicacion del Evangelio. Inclínose más á esto, porque muchos de los suyos se ofrecian á quedar voluntariamente y vivir en aquella tierra; y así, luego que volvió á Puerto Real, mandó fabricar una torre con la madera del navío que se habia ido á pique, y abrir fosos grandes alrededor, persuadido que era lo bastante para contener á unas gentes desnudas, sin armas y poco aguerridas. Llamóse el Fuerte de la Navidad, en memoria de que en este dia habia saltado en tierra, salvándose del peligro del mar.

Acabóse este fuerte en diez dias, porque trabajaban hombres sin número, y ayudó mucho á acelerar la obra, la noticia que se tuvo de que una carabela estaba en la costa hácia el cabo de Levante de la isla; y sospechando el Almirante que podia ser la Pinta, para saberlo de cierto, pidió al Rey Guacanacarico una canoa con algunos indios, y en ella despachó un marinero castellano con una carta suya para Martin Alonso Pinzon, pidiéndole amorosamente que se fuese á juntar con él, ofreciéndole el perdon por haberlo desamparado. Volvió la canoa, diciendo que habian andado más de veinte leguas sin hallar cosa, lo quedó margen al Almirante para creer que la carabela habia hecho vela para España, queriendo Pinzon tener la honra de llevar á la corte las primeras nuevas

del descubrimiento de tantos y tan hermosos países, y atribuyéndose á sí toda la gloria, prevenir el ánimo de los Reyes contra él. Estas sospechas le determinaron á apresurar su vuelta á España, remitiendo el reconocimiento de las minas de Cibao para otro viaje. Eligió, para quedarse en la fortaleza, treinta y nueve hombres, los de mejor disposicion y de mejor conducta, á quienes encargó que viviesen como buenos cristianos, obedeciesen á su capitan D. Diego de Arana, natural de Córdoba, que les dejaba, y á los que nombraba en caso que muriese éste, á saber: Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia: que reverenciasen á Guacanacarico, que les mostraba tan buena voluntad, sin molestar á sus vasallos; antes bien, que procurasen hacerles bien y aprender su lengua, pues les seria necesaria para cultivar la amistad de los naturales y muy provechosa: que no se dividiesen, ni ejecutasen violencia alguna á hombre ni mujer, ni entrasen en la tierra; y en fin, que sin descuidarse de sus obligaciones de cristianos, hiciesen por tener un perfecto conocimiento del país, para instruirle á él á la vuelta, que seria breve; y encomendó mucho á Guacanacarico su gente, y los que dejaba por gobernadores de la fortaleza. Les dejó vituallas para un año, armas y artilleria, y todo lo demas que era necesario para el fomento de

este establecimiento. Despues de esto se dispuso con gran presteza para volver derecho á Castilla, recelándose de alguna desgracia que ocasionase que los Reyes Católicos no supiesen de aquellas tierras nuevamente descubiertas.

Año 1493.—Salió el Almirante de Puerto Real, haciéndose á la vela el dia cuatro de Enero de mil cuatrocientos noventa y tres, llevando bastante oro para que en la Corte de España se concibiesen grandes esperanzas de la riqueza de la tierra, porcion considerable de algodón y mucho pimiento ó ají. Contaba hacer algunas ganancias considerables de este último efecto, porque por los celos del comercio, que fueron siempre grandes desde este primer viaje de Colon, entre españoles y portugueses, tenia algun corriente el pimiento americano; mas no duró mucho, y se quedó su uso regional en las tierras de donde salió, no gustando á los europeos por su acrimonia. Navegó primero al Leste, con el intento de reconocer toda la costa de la Isla Española. Luego que se hubo apartado del Cabo Frances, percibió un monte alto, que le parecia extender su basa en la mar, y es una península muy elevada, que llamó Monte-Cristo, y está diez y ocho leguas de Cabo Santo, cuatro leguas del puerto de Natividad; y como le habian dicho al Almirante que junto á ese monte estaba la emboca-

dura del Rio Yaque, que tenia su nacimiento en las minas de Cibao, quiso reconocerlo. Entró en él; y hallando que sus arenas estaban mezcladas de algunas pajuelas de oro, lo llamó el Rio del Oro; pero despues los españoles lo han dejado con su nombre primitivo, y los franceses lo han llamado Rio de Monte-Cristo.

Entónces, más que nunca, se persuadió Colon que la Isla Española era el verdadero Cipango de Márcos Pablo de Venecia; error que conservó siempre: hizo aguada en ese paraje y luego levantó velas. Apénas se hubo apartado del Rio del Oro, que se descubrió la Pinta, que venia al navio del Almirante, viento en popa, y al instante que llegó y entró Martin Alonso Pinzon (su capitan) en la carabela del Almirante, comenzó á disculparse de haberse apartado de él, diciendo que habia sido contra su voluntad, sin haber podido hacer otra cosa. Y aunque el Almirante sabia bastante lo contrario, disimuló con él, preponderando más en su ánimo el gusto de verse libre de las inquietudes que le habia causado esta separacion, que no su justo enojo, y por no romper el designio de su empresa. Recibió, pues, sus sumisiones, y le preguntó adónde habia navegado y qué habia reconocido. Respondió Pinzon: que habia ido de puerto en puerto, trocando sus mercaderias por oro; que habia tomado

la mitad para sí, y que habia repartido la otra mitad á la gente que venia con él. No quiso preguntar más el Almirante, dándose, al parecer, por satisfecho.

Caminaron ambas carabelas y entraron en un puerto que tiene al lado un rio, distante quince leguas de Monte-Cristo, donde habia rescatado oro Martin Alonso Pinzon, y habia sacado de allí, por fuerza, cuatro isleños, los que le mandó el Almirante dejase en su tierra; y quizás esta accion dió lugar á que se llamase Puerto de Gracia; bien que como fué en este puerto donde el Almirante perdonó á Pinzon, es opinion de muchos autores que esta fué la causa de ponerle este nombre.

CAPITULO III.

SIGUE COLON EL DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA: PRIMERA

BATALLA ENTRE INDIOS Y CASTELLANOS

EN LA BAHÍA DE SAMANA, Y PARTE PARA CASTILLA.

AÑO 1493.

Al salir de Puerto de Gracia se vió una sierra que pareció cubierta de nieve, pero acercándose más se reconoció que era una piedra muy blanca que cubria la cima de toda aquella sierra; y por habérseles afigurado á los nuestros plateada, fué llamada Monte de Plata; y un puerto que está al pié de ella fué, por la misma razon, nombrado Puerto de Plata, que es de hechura de una herradura de caballo, y los franceses, corrompiendo este nombre, lo llaman *Porto Plate*. De allí Colon corrió toda la costa, poniendo nombres á todos los cabos que vió; y despues de haber an-